

BROTHERHOOD OF THE MOON

Chris Wraight

Torghun of the White Scars finds an unexpected kinship with the sons of Horus



LA HEREJÍA DE HORUS

LA HERMANDAD DE LA LUNA

CHRIS WRAIGHT

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Cicatrices Blancas

TORGHUN KHAN	Khan, en terrano Capitán, de la Hermandad de la Luna o la 64ª compañía de los Cicatrices Blancas
INTERROGADOR	Interrogador de los Cicatrices Blancas
HAKEEM	Khan, en terrano Capitán de los Cicatrices Blancas

La Legión de los Hijos de Horus

VERULAN MOY	Capitán de la 19ª compañía de los Hijos de Horus

[Inicio de transcripción.]

Soy Torghun Khan, de la Hermandad de la Luna, y de la *ordu* de Jemulan noyan-khan. Éste es mi testimonio jurado.

Cuéntame dónde comenzó todo.

¿Desde Khella?

No, desde antes. Me dijiste que tuvisteis una reasignación antes de eso.

Muy bien.

No ocultes nada.

¿Piensas que voy a intentarlo?

Algunos lo hacen. Pero no te lo recomiendo.

Fue durante el tiempo de la separación. Teníamos más libertad entonces. Eso cambió en Ullanor, según me dijeron, y para cuando todos fuimos llamados a Chondax hubo los primeros intentos de ponernos riendas. Pero antes eso no era así.

Había comandado mi hermandad en una misión en los mundos planicie de Urj, para repacificar los lugares que habían sido conquistados veinte años antes. La legión los había dejado atrás demasiado pronto, las raíces del Imperio no se habían hundido lo suficiente. No era una tarea difícil —íbamos nosotros solos, nada más que quinientos jinetes, en una única fragata—, pero aquello nunca debería haber sido necesario.

Nos llevó tres meses. Era una incursión de castigo, y nuestros enemigos no tenían fuerzas para una lucha prolongada. Restablecimos el estandarte imperial en la capital del sistema, y llamamos al ejército para que reasumiera el control. Hakeem estaba conmigo, aunque por entonces no lo conocía bien. Habíamos servido juntos… ¿dos años, quizás? No más. Había sido mucho más entusiasta que yo en su dedicación a aquella misión, y en cierto sentido llegué a apreciar su fervor. Ambos éramos terranos, como muchos de mis guerreros. Y aquello era armonioso.

Con la misión completada, aguardamos órdenes. Yo esperaba que nos reuniéramos con la *ordu* de nuevo: habíamos oído rumores de que la legión se estaba reagrupando para algo importante, aunque no sabíamos para qué. Pero en lugar de eso, se nos asignó otra misión, fuera del despliegue principal.

Allí comenzó el camino que después nos llevaría a Khella.

Pero primero vino el Cinturón de Tarsch, una cadena de mundos al límite del frente meridional de la Cruzada. Los defensores eran humanoides, pero sólo en un sentido muy amplio. No sé, ni siquiera ahora, si eran alguna rama perdida de nuestra propia especie, o xenos, o algo totalmente diferente. Los matamos a todos, eso es lo único que se nos había pedido que hiciéramos.

Fue un viaje largo. Tuvimos problemas en la disformidad. Por eso es por lo que nos habían escogido para aquella tarea: porque el reabastecimiento de una fuerza en el Cinturón era particularmente difícil, y porque nosotros éramos los que estábamos más cerca. La fuerza principal era otra legión: los Lobos Lunares, como todavía se llamaban por entonces. Llevaban luchando allí casi siete meses, y se les había ordenado que le dieran un cierre rápido al conflicto.

Así fue cómo nos convertimos en parte de aquello. Inicialmente delegué en Hakeem la tarea de ser el enlace entre nuestras dos legiones, mientras me concentraba en asimilar los escasos datos que podían proporcionarme mis capitanes.

En aquel momento aún no tenía ningún sentimiento especial. Tenía curiosidad, nada más.

En tu historial se indica que inicialmente fuiste asignado al programa de reclutamiento de la XVI Legión.

Sí.

¿Y no tenías ningún sentimiento especial? Podrías haber estado luchando con ellos.

Yo era un cicatriz blanca. Ya llevaba siendo un cicatriz blanca mucho tiempo. Apenas era un niño cuando me transfirieron.

Muchos suponen…

Lo sé. Es falso.

Volveremos sobre ello más tarde. Continúa.

Su comandante era Verulam Moy, de la 19.ª Compañía. Era el oficial más veterano, y estaba claro que lo habían obligado a aceptar nuestra ayuda. También era evidente que aquello no le gustaba. Su contingente era mucho mayor, en gran medida infantería, sólo con algo de apoyo mecanizado. Nuestra presencia era incómoda para él y lo sabíamos, así que decidí hacer todo lo posible por suavizar las relaciones entre nosotros.

Cuando llegamos fue antes del asalto a uno de los conglomerados urbanos del noveno planeta del Cinturón, en los límites de una amplia masa continental. El enemigo llevaba mucho tiempo preparándose para el asalto, y se había fortificado bien. Contaban con un potente sistema de defensa de energía, y por eso Moy había decidido que lo más efectivo sería el ataque terrestre. Ya había empleado aquella táctica antes: infiltrarse hasta el borde de los escudos de vacío, localizar los generadores y destruirlos, y después lanzar el bombardeo orbital para completar la misión.

Los tarschis sabían lo que se avecinaba, y habían atrincherado también la llanura alrededor de la megalópolis. No pidieron cuartel a pesar de que sospecho que sabían que no podían igualar nuestra potencia de fuego combinada.

Repasamos el plan de asalto en el puente de mando de la nave de Moy. Él quería dirigir el asalto principal: la «punta de lanza», lo llamó. Sus guerreros tenían experiencia en ello y luchaban bien conjuntados. No deseaba encontrarse en el campo de batalla con dos vanguardias rivales entrecruzándose, por lo que nos asignó los flancos, dividiendo en dos nuestras fuerzas, cada mitad a un lado de su avance. Aquello se ajustaba bien a nuestras habilidades. Podríamos emplear nuestra velocidad sin restricciones, golpeando al enemigo con fuerza antes de retirarnos y permitir el avance de los Lobos Lunares.

—¿Os ajustaréis al plan? —me preguntó Moy, claramente escéptico acerca de nuestra capacidad para dar soporte a sus fuerzas.

Le dije que lo haríamos. Todo en su lenguaje corporal indicaba que era adverso a la idea, pero poco podía hacer: ambos teníamos nuestras órdenes.

Fue Hakeem el que suavizó aquella tensión.

—Es un gran honor para nosotros —le dijo a Moy—. Veneramos a vuestro primarca, sólo por detrás de nuestro Gran Khan. Ambos comparten el mismo espíritu, creo.

A Moy pareció divertirle aquellas palabras. Ya entonces los Lobos Lunares destacaban entre todos. Las comparaciones con Horus, con su historial y su reputación, siempre se arriesgaban a parecer ridículas.

—Así que sois… ¿qué? ¿La Compañía de la Luna? —preguntó Moy.

—Hermandad —respondí, aunque por algún motivo aquella palabra me resultó un poco necia.

—Nos han proporcionado vuestra designación táctica. 64.ª Compañía.

—Si os resulta más cómodo, emplead esa.

Moy se encogió de hombros.

—Ambos somos guerreros lunares. Podemos usar nuestros viejos nombres.

Pensé que aquello era un intento de aligerar la tensión que todos sentíamos sobre nosotros. Me limité a sonreír, pero Hakeem hizo una profunda reverencia y al incorporarse sus ojos se cruzaron con los de Moy. En ese momento me pareció que entre ellos ya había un conocimiento previo sobre algo que yo no sabía. Pero si aquello iba a facilitar el desarrollo de nuestra tarea, podía vivir con ello. No pensé que pudiera ser nada serio.

Nos encontrábamos en nuestra posición una hora antes del momento acordado para el asalto combinado. Yo elegí el flanco derecho, Hakeem el izquierdo. Estábamos muy alejados de las posiciones de los Lobos Lunares, y teníamos la intención de desplegarnos todavía más para alejar toda la potencia de fuego posible del centro de su avance.

Nos preocupaba la artillería enemiga —era precisa—, pero teníamos plena confianza en nuestra velocidad y nuestra maestría al mando de nuestras motocicletas. Estaba deseando mostrar a Moy de lo que éramos capaces. Quería sumir la ciudad en llamas y confusión.

Moy dio la orden y aceleramos, precipitándonos sobre nuestro objetivo en una formación de aproximación amplia. Apenas habíamos recorrido dos kilómetros

cuando comenzamos a sufrir el fuego enemigo. Las andanadas se intensificaron a medida que nos fuimos acercando a la ciudad, zigzagueando entre los rayos enemigos. He de reconocer que lo estaba disfrutando. Habíamos sufrido algunas bajas, pero estaba claro que a nuestros enemigos les estaba costando acertarnos. Alcanzamos las murallas mucho antes de lo que habíamos previsto, y aceleramos nuestras motos a reacción para limpiar los parapetos exteriores.

Los defensores retrocedieron, golpeados por nuestro ataque desde todos lados, otorgándonos el tiempo que necesitábamos para situar las cargas de demolición, suficientes para abrir brechas en el perímetro que permitieran después el avance de la infantería. Volamos sus murallas justo en el momento en que el enemigo había logrado reagruparse y situar sus plataformas de armas pesadas. Para entonces ya habíamos logrado derribar secciones completas de la fortificación, abriendo el camino a la ciudad más allá de ellas.

Contacté con Hakeem, preparándome para la retirada que habíamos planeado. Habíamos cumplido nuestra misión, y debíamos fingir una huida para arrastrar con nosotros fuera del perímetro defensivo a las unidades enemigas a tiempo para encontrarnos con los Lobos Lunares.

—Nos quedamos, khan —respondió Hakeem.

—¿Cómo? —pregunté.

Por el canal de comunicaciones pude oír cómo el enemigo estaba acribillando su posición. Pronto también lo harían con la mía.

—Estos son hijos de Horus. No respetan una retirada. Pero si resistimos, nuestro pacto estará sellado.

No sé por qué eligió ese momento para compartir conmigo el cambio de planes. Quizá juzgó que bajo el fuego enemigo estaría más predispuesto a tomar la decisión rápida que le convenía. En cualquier caso, en el momento en el que verbalizó aquel cambio, sentí su atractivo. Estaba cansado de las interminables retiradas, de las tretas y los simulacros. Éramos como fantasmas, sin plantar jamás el pie el tiempo suficiente como para dejar una huella. Las otras legiones estaban orgullosas de su resistencia bajo fuego enemigo, ¿por qué no podíamos nosotros ser como ellos?

Mis guerreros me miraban, esperando órdenes. El volumen de fuego se estaba incrementando, y en breve sería ruinoso. Comprobé los augures, revisando la posición de Hakeem y de las líneas de ingreso de los Lobos Lunares, los tiempos y los despliegues…

Y entonces decidí.

—Desmontad y aguantad la posición —ordené mientras sacaba mi bólter de su funda—. Los sangraremos aquí.

Sufrimos más bajas. De eso no estoy orgulloso. Estábamos armados y equipados para incursiones rápidas, no para defender cabezas de puente contra un enemigo pertrechado de armas pesadas, y no contábamos con el apoyo de fuego de largo alcance que necesitábamos.

Pero de algo sí estoy orgulloso: no pudieron hacernos retroceder.

Para cuando las tropas de Moy nos alcanzaron, nos habíamos adentrado profundamente en territorio enemigo, y habíamos evitado que las escuadras tarschis se reagruparan entre las murallas derribadas. Los Lobos Lunares se internaron más allá de nuestras posiciones, atacando los flancos del enemigo, rodeándolo y haciéndolo pedazos. Entonces continuamos nuestro avance, unidos, quemando la ciudad. Algunos de mis hombres volvieron a montar en sus motocicletas para combinar su poder con el de la infantería de Moy.

Yo seguí a pie, y pronto los hermanos de batalla que me rodeaban eran por igual blancos y verde cobre. Era una mezcla potente. Observé la manera en la que luchaban. Me quedé admirado e intenté emular a los Lobos Lunares, y creo que ellos hicieron lo mismo con nosotros. Nos convertimos en una aleación fuerte, y la sangre del enemigo brilló sobre nuestras espadas gemelas.

Estaba luchando en el mismo centro de la ciudad cuando Moy me alcanzó, su armadura salpicada y su espada sierra empapada, ambas de sangre.

—Esto no es lo que planeamos —me gritó, pero no con un tono de furia sino de sorpresa.

—¿Tú te habrías retirado? —le pregunté.

Se rió.

—No habría sabido cómo hacerlo.

Tras eso redujimos aquel lugar a cenizas. Me dijeron que las ruinas ardieron durante semanas.

No regresamos a las naves aquella noche. Nuestros guerreros permanecieron en la superficie, celebrando la victoria. Se entendían unos con otros: ambas éramos legiones feroces, y matar juntas nos había enseñado lo similares que eran nuestras naturalezas.

Hakeem regresó justo antes de la puesta de sol, con la armadura seriamente dañada. Sonreía.

—Ésta es una buena noche, khan —dijo.

—¿Dónde has estado?

—Aprendiendo cosas nuevas. ¿Me acompañas? Moy nos está esperando.

Y entonces lo seguí. No tenía razón alguna para no hacerlo. Todavía notaba el espíritu de batalla en mi interior. Esta eufórico, como el resto de mi hermandad. Pocas victorias me habían sabido como la de aquella noche, porque habíamos derribado las expectativas sobre nosotros al igual que lo habíamos hecho con las murallas.

Moy esperaba fuera de una gran tienda de campaña. A su alrededor había guardias de su legión, y en el interior danzaba la luz de las antorchas. Podía ver las sombras de quienes se movían dentro, oír las voces.

—Ha sido una buena caza —dijo Moy.

Había una luz vívida en sus ojos, que interpreté como el júbilo por la lucha y las muertes limpias.

—No será la última que compartamos —añadió.

Me agradó oír eso.

—¿Y qué es esto, capitán? —pregunté señalando alrededor.

—Una reunión de guerreros. Es algo que hacemos en nuestra legión. ¿Os uniréis a nosotros?

¿Tenía alguna razón para no hacerlo? No lo recuerdo claramente. No creo. Me pareció… cortés. Era evidente que Hakeem ya estaba familiarizado con lo que estaba ocurriendo y se adelantó, entrando en la tienda.

Podía oír las voces de mis hermanos, cantaban canciones de victoria tanto en gótico terrano como en khorchin de Chogoris. Dudé un momento en el umbral, volviendo la vista a Moy.

—¿Una tradición de vuestro mundo natal?

—No, no es de Cthonia. Y ahora ya se ha convertido en algo más que una tradición.

Toda su beligerancia anterior hacia nosotros había desaparecido. Pensé que mis esfuerzos diplomáticos habían dado su fruto, y que aquello podía ser el comienzo de algo nuevo para nuestra legión, algo que podía hacer que estuviéramos menos… aislados. Sentí que era eso lo que había logrado, además de la victoria militar, y me sentí orgulloso.

Así que entré.

Esto es lo que muchos suponen: que siempre quisiste ser parte de la otra legión.

Ya lo he dicho: no. Otros se unieron. Al principio, todo parecía natural.

¿Y después?

Hasta el final, pensé que la causa era justa.

¿Y Hakeem?

Compartíamos los mismos puntos de vista, pero él siempre estuvo mucho más profundamente implicado que yo.

¿Dónde está ahora?

Ya lo he dicho. No lo sé. Quizá murió en Prospero, quizá huyó.

Pero algo crees…

[Pausa.]

No creo que esté muerto. Y no creo que se hubiera retractado. Intentará hacer que se cumpla la visión que le mostraron.

En eso fuiste débil. Eras su khan.

He cometido muchos errores de los que me arrepiento. Hakeem no es el mayor de ellos.

Ya llegaremos a eso. ¿Pero qué hay de ti?

Te lo he contado todo.

Todavía no.

¿Qué más deseas saber? ¿Si volvería a entrar en la tienda si retrocediera en el tiempo y me encontrara otra vez frente a ella? ¿Si volvería a mi hermandad? ¿Si corregiría el error?

El Khagan juzgará.

Entraría otra vez. Claro que lo haría.

Cuidado. Todavía puedes condenarte.

¡No me rebajaré! Soy Torghun khan, de la Hermandad de la Luna, de la *ordu* de Jemulan noyan-khan. En todas mis decisiones escogí el sendero del honor. Creí en la Gran Cruzada. Creí en el Señor de la Guerra cuando todos los demás creían en él. Todo eso no puede borrarse. Ahora pronuncia sentencia, o dame una espada que pueda blandir. Todavía puedo servir. Todavía puedo luchar.

[Pausa.]

¿Qué será, entonces?

[Pausa.]

¿Qué será? ¡Dímelo!

[Pausa.]

Encontraré mi destino.

[Fin de transcripción.]

FIN DEL RELATO